

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 39 Vol. III
Enero-Diciembre 2012

Letras



UANL[®]



Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Lic. Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Editor responsable

Mtro. Francisco Ruiz Solís
Corrección de estilo y cuidado editorial

Lic. Juan José Muñoz Mendoza
Diseño

Lic. Adriana López Montemayor
Circulación y administración

Humanitas, Año 39, N° 39, Vol. III. *Letras*. Enero-Diciembre 2012. Fecha de publicación: 22 de noviembre de 2013. Revista anual, editada y publicada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, piso 1º, Av. Alfonso Reyes, No. 4000 Nte., Col. Regina, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440. Tel. + 52 81 83294000 ext. 6533. Fax: +52 81 83 29 40 00 ext. 6556. Impresa por la Imprenta Universitaria, Ciudad Universitaria s/n, C.P. 66451, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión 15 de noviembre de 2013.

Tiraje: 500 ejemplares.

Número de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título *Humanitas* otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-091012392000-102, de fecha 10 de Septiembre de 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,909, de fecha 16 de agosto de 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN: 2007-1620. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,990.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores.
Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio, del contenido editorial de este número.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2012

Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez
Coeditora

El mandala y la diplomacia: análisis hermenéutico simbólico de “El hombrecito del plato” de Alfonso Reyes

José Pulido Mata*

*Si la tierra es posada provisional para todos,
para el diplomático lo es en grado sumo*

A. Reyes

Introducción

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA, compilador del Tomo I de *Alfonso Reyes: Misión diplomática* (p.11), dice:

Simultánea a la trayectoria de Alfonso Reyes dentro del servicio exterior transcurre la de sus actividades literarias. Imposible deslindarlas y, menos aún, considerarlas como entidades independientes. Por el contrario, ambas se integran unitariamente; de lo contrario es imposible comprender o ponderar las virtudes del diplomático atento al devenir de la historia de nuestras naciones, ni las del humanista atento a la evolución y manifestación de los hombres. Por eso, en la obra literaria y en las tareas y epistolarios de Alfonso Reyes hay muchas actividades y documentos vinculados a la diplomacia aunque no competen directamente a ella.

* Facultad de Filosofía y Letras, UANL.

Partimos de esta hipótesis para abordar un texto no muy conocido de Reyes, un pequeño cuento-ensayo titulado “El hombrecito del plato”. Nuestro objetivo es demostrar cómo la tarea política ejercida por el autor durante 17 años se manifiesta en esta narración a pesar de haber sido escrita tiempo después del cese de su servicio. Escrito en 1954 “El hombrecito del plato” trata a grandes rasgos de lo siguiente:

Breve reseña del cuento

Escrito en 1954, “El hombrecito del plato” es un relato narrado en primera persona que trata no sólo del avistamiento de un plato volador, sino del contacto y la comunicación con el ser de otro planeta que tripula la nave. La acción comienza de noche, cuando el protagonista, tras una caminata nocturna en su terraza, se sobresalta ante la caída de una “bola de luz”. De esta esfera, descrita luego como un plato volador, emerge un hombrecito “de hasta un metro de altura, con una cabeza deforme y unos ojos vivos y penetrantes”. Tras sobreponerse la curiosidad al miedo, el protagonista esboza una sonrisa y se aproxima para entablar comunicación con el recién llegado, a quien se reconoce la perspicacia de haber escogido la casa de un literato para aterrizar. En relación a esto, es recordado en medio de una introspección del narrador un caso similar ocurrido en casa del escritor italiano Curzio Malaparte. Poco después, a partir de dibujos circulares dispuestos por el anfitrión, se logra una comunicación primaria basada en los dos extremos del lenguaje, el *sí* y el *no* de la lógica aristotélica. Finalmente, luego de descubrir la procedencia del visitante el planeta Venus†y de haber dado un cordial primer paso, este se retira en su plato volador dejando en el narrador-protagonista una nueva meta comunicacional para la próxima visita, “el *Nuevo Órgano*, que diría Bacon: tiene que venir el *Qué se yo* de toda lógica revolucionaria e innovadora”.

Ahora que tenemos una idea general del cuento, hemos de plantear los elementos que tomaremos para el análisis simbólico, que son tres:

- A) la nave de forma circular junto con su tripulante;
- B) la aproximación del protagonista al extraterrestre;
- C) la sonrisa del protagonista.

El mandala y la diplomacia

Una constante de las experiencias ovni, según muestran los incontables testimonios, es el sentimiento de sobresalto y miedo ante lo desconocido. Ya lo dice Reyes al inicio de “El hombrecito del plato”: “Siento verme en trance de contribuir yo también al sobresalto de la opinión con una noticia escandalosa...”. La visión ovni, según Jung (1995: 249), es producto del temor inconsciente que causa un ambiente de tensión, y es por ello que esta misma visión viene acompañada de miedo. Sin embargo, desde un punto de vista simbólico, la forma circular atribuida a las naves parece ser el remedio a ese mismo temor, debido a que en un acto de *compensación* el inconsciente intenta integrar la *disociación psíquica* que acompaña a la situación mundial.

Es cuando se aplica una interpretación simbólica a la forma del plato volador que se presenta una analogía con el mandala (Jung, 1995: 249): “círculo limitador, ‘protector’ o apotropaico, ya sea en la llamada ‘rueda del sol’ prehistórica, de círculo mágico o de microcosmos alquímico, o en forma de símbolo moderno que abarca la totalidad anímica estableciendo un orden” (Jung, 2001: 299-300), la unidad interior. Hacia la misma dirección, Cirlot (2007: 136) indica que el círculo es también símbolo del cielo, sobre todo cuando a través del color blanco (como se presenta en la luminosidad del plato volador) se le relaciona con el principio activo (*Yang*), y extiende su sentido a las ideas de eternidad y perfección. Estas implicaciones psicológicas respecto al significado del símbolo llevaron a Jung (2001: 303) a afirmar que:

desde el punto de vista de la Antigüedad pueden fácilmente interpretarse los ovnis como ‘dioses’. Son impresionantes manifestaciones de la totalidad cuya redondez representa precisamente el arquetipo que, según la experiencia, desempeña el principal papel en la mezcla de los opuestos aparentemente inconciliables, y que por lo

tanto es el que mejor responde compensatoriamente a la división de nuestro tiempo.

Lo que nos parece de vital importancia resaltar de este párrafo es, en primer lugar, la analogía de los ovnis con los dioses de la antigüedad, y en segundo, lo referente a esta “división de nuestro tiempo”. Y dejando la segunda idea para más adelante, resulta de interés analizar cuál es la reacción del personaje principal del cuento de Reyes ante este “dios” que se presenta en su casa. Lo primero que señalaremos es que, a pesar de su “ligera conmoción” inicial, éste se sobrepone de la siguiente manera:

La curiosidad pudo más que el temor. Se me ocurrió acercarme sonriendo. La sonrisa -me dije- debe ser un lenguaje universal, y sin duda el raro huésped interplanetario comprenderá mis intenciones amistosas. (Reyes, 2000: 206)

En un ensayo titulado “La sonrisa”, incluido en su libro *El suicida*, Reyes nos comparte algunas notas que en sentido filosófico desarman dicho gesto de empatía. Comienza por colocar a la sonrisa en un polo opuesto a la risa, y mientras a la primera le adjudica el valor de lo interno, a la segunda, en pos de las palabras de Bergson, la señala como externa y social. La sonrisa, dice Reyes (1980: 236), “es la primera opinión del espíritu sobre la materia”, es “el signo de la inteligencia que se libra de los inferiores estímulos; el hombre burdo ríe sobre todo; el hombre cultivado sonrío”. Asimismo, cuando “el niño comienza a despertar del sueño de su animalidad, sorda y laboriosa, sonrío: es porque le ha nacido ‘el dios’”. Y entendemos aquí el término “dios” como el impulso creador del ser humano, que a diferencia de los demás animales, permite ir más allá del flujo de la vida natural para modificar y adaptar su propio entorno, es decir la consciencia o la razón. Aún así, se dice que la sonrisa nace irracional, pero aunque su propósito no va más allá de la mente misma, incorporada a la vida y llevada a lo consciente, es decir, vuelta racional, se convierte en un instrumento de utilidad.

A esta misma utilidad se refería Torres Bodet (citado en Alcalá,

1964: 7) cuando, en el discurso pronunciado el día del sepelio de Reyes, dijo que “esta sonrisa y aquella luz fueron sus armas espléndidas de humanista”. Así también, dentro del mismo discurso recordaría una sentencia que cierta vez pronunciara el autor de “El hombrecito...” respecto al acto de sonreír: “cuando el hombre sonríe, entonces funda la civilización”. Y declaradamente, es el mismo Reyes (1980b: 154-155) quien confirma la idea de la sonrisa ligada a la labor de las relaciones internacionales en su discurso “Adiós a los diplomáticos”, incluido en *De viva voz*:

Y luego -y por aquí nuestro oficio [la diplomacia] toca al sacerdocio-investigar, revolver datos de estudio y datos de mera sensibilidad, para ir descubriendo al fin aquellas resultantes dinámicas de los pueblos, a través de las cuales la colaboración y la concordia pueden ser posibles y eficaces. Y todo esto, mediante la mayor expresión de fuerza que el hombre sea capaz; mediante aquella sublimación de la fuerza, que se borra, se aligera, se vuelve tan leve que a veces resulta inefable: todo ello, mediante la sonrisa. Es decir: mediante el agrado, la buena disposición, el ánimo comprensivo, el espíritu conciliador y abierto.

Es entonces que conformada por tales valores -señal de inteligencia, instrumento para la diplomacia, proyección del espíritu conciliador, dios creador- la sonrisa entra en la narración y construye el puente que permitirá el acercamiento y la comunicación entre los dos seres, piedra fundacional de una peculiar civilización.

Contamos pues con que apoyado en su curiosidad y valiéndose de un intelecto elemental, nuestro protagonista proyectará una imagen empática de su espíritu ante el ser proveniente del círculo protector; lo que quiere decir que ante este “dios” celestial del plato volador se manifestará otro “dios”, uno terrestre: el primero, simbólicamente en un plan protector, de guardián del orden; el segundo, filosóficamente hablando, en un plan creador y humano; ambos entablarán una relación diplomática en reconocimiento

mutuo e igualdad. Y será el hecho de que ambos personajes ejercen para sus respectivos planetas la labor de la diplomacia, la razón que en el fondo da vida a este relato.

Ya Reyes (citado en Díaz Arciniega, 2001: 12) enumeraría en no pocos escritos las tribulaciones del trabajo diplomático, “actividad que en el común de las opiniones remite a una vida segura, sin sobresaltos, en un país rico y en condiciones placenteras”, ideas que sin embargo, de acuerdo al mismo autor, son producto del desconocimiento de lo que en realidad es, o para él fue, el desempeño en este servicio. Octavio Paz (en Stanton, 1998: 168), quien en su correspondencia con el autor de “El hombrecito...” se describe como “encerrado en esta isla diplomática” en referencia al periodo que también dedicó a la SER,¹ comparte, por ejemplo, la misma realidad. Y no de la nada Reyes (1980b: 271-272) escribe al respecto:

Pero la labor del diplomático es toda de abnegación y sacrificio. Los fracasos se cargan siempre a su cuenta personal, y es un deber patriótico el aceptar que así se haga. Los aciertos se abonan siempre a cuenta de los gobiernos, aunque se deban a sus representantes. Los representantes, a cambio de algunos halagos de vanidad que sólo deslumbran al primerizo y al ligero, llevan una vida contra natura, de extranjería perpetua hasta en su propio país, donde la ausencia prolongada los hace extraños, y están condenados por oficio a romper los vínculos cordiales que van creando en todas partes, a renunciar periódicamente a las moradas donde ya se iban aquerenciando. Si la tierra es posada provisional para todos, para el diplomático lo es en grado sumo.

Si llevamos esta última sentencia, que nos remite a la idea del errar constante que hace que los bienes del mundo parezcan al diplomático “transitorios y un tanto ajenos” (Reyes, 1980b: 153-154), podemos situar entonces a quien ejerce dicho cargo político en una situación de desarraigo terrestre casi permanente, de “extran-

¹ Secretaría de Relaciones Exteriores.

jería perpetua”. El diplomático es, de este modo, un tanto “extraterrestre”: aquél a quien su encargo obliga a estar fuera de su tierra; así, de manera proporcional, y desde un punto de vista lúdico, los extraterrestres como el hombrecito del plato son un tanto diplomáticos: “huéspedes del espacio cósmico [que] son a veces figuras idealizadas en la línea de ángeles racionales que se preocupan por nuestro bienestar; a veces son enanos de gran cabeza, en los que se aloja una superinteligencia...” según esta definición extraída por Jung (2001: 298) de la opinión popular.

Entonces, desde su forma simbólica, este encuentro entre cielo y tierra, este reconocimiento mutuo o anulación entre el hombrecito del plato y el terrícola que sonríe, puede verse por medio de la llamada *cuadratura del círculo*.² El *cuadrado*, expresión geométrica de la cuaternidad, alude a la firmeza, a lo material e intelectual; de color negro representa, en contraposición al círculo blanco, a la tierra (*Yin*); a su vez, en el sistema jeroglífico egipcio es símbolo de la materia organizada, una parte de la creación (Cirlot, 2007: 159-160). Es en el sentido que define a la sonrisa como señal del yo creador y asomo del intelecto humano que coincide con ella.

En cuanto a la cuadratura del círculo, “que no es más que el verdadero mandala” (Jung, 1995: 246), se dice que concierne a la identificación de los dos grandes símbolos cósmicos: el del cielo (círculo) y el de la tierra (cuadrado). “Es, pues, una coincidencia de los dos contrarios, pero no entendida como yuxtaposición o *coniunctio* (cual el trazo vertical y horizontal forman la cruz), sino como anulación de los dos componentes en síntesis superior” (Jung, 1995: 246). El hecho de que en esta parodia de avistamiento ovni Reyes opte por encarar a su personaje principal a partir de una sonrisa (cuadrado) con el visitante celeste (círculo), deja entrever una actitud intelectual conciliatoria, en términos de empatía e igualdad, acción que en lenguaje simbólico puede representarse con la formación de un mandala y que, en lenguaje común, podemos identificar con la labor diplomática. Tal exposición simultánea de

² Que según Cirlot no debería nombrarse así, sino a la inversa: “circulación del cuadrado”.

contrarios constituye para Cirlot (2007: 37) la esencia de los símbolos, y apoyado en Jung, el investigador español señala también que “el inconsciente, o ‘lugar’ donde viven los símbolos, ignora los distingos de contraposición. O también, que la ‘función simbólica’ hace su aparición justamente cuando hay una tensión de contrarios que la conciencia no puede resolver con sus solos medios”. La aparición de la función simbólica conciliadora de la cuadratura del círculo en “El hombrecito...” apunta entonces a la búsqueda de unidad en la disociación de lo físico y lo espiritual, problema no sólo del autor, sino de la época entera. Al simbolismo corresponde, según Landrit (visto en Cirlot, 2007: 36), la relación que une a Dios con la creación, al mundo material con el sobrenatural.

El mandala y la cruz

Ahora nos disponemos a abordar el tema de la comunicación entre los dos personajes, y para ello, creemos prudente reseñar, esta vez con mayor especificidad, la situación del cuento que ahora nos atañe. Después del avistamiento y luego de la primera aproximación del protagonista hacia el visitante del espacio mediante una sonrisa, los dos personajes se dirigen hacia la biblioteca de la casa. El huésped, consciente de la barrera del lenguaje, decide comunicarse por medio de signos: dibujos circulares que representan al Sol y a los primeros cuatro planetas de nuestro sistema. La relevancia de estos dibujos para el relato es crucial, ya que será en base a ellos que la barrera del lenguaje será traspasada al menos en un grado elemental. Y decimos grado elemental pues al acuerdo al que se llega tras el cruce de dicha barrera se da en lo que el huésped llama “los dos extremos fundamentales del lenguaje: la señal del *no* y la señal del *sí*” (Reyes, 2001: 208). Será a partir de la representación de los planetas y de algunos énfasis y señalamientos que se comprobará que el hombrecito *no* viene de Marte y *sí* de Venus. Vendrá tras esto un discurrir filosófico del narrador-protagonista en torno al lenguaje, donde saldrán a relucir las estructuras de comunicación de Aristóteles, de “los chinos” y de Bacon. A la primera estructura, la del filósofo griego, se le piensa clásica y elemental; a

la segunda, la del idioma chino, se le analizará a partir de su comparación con la primera; a la tercera, por representar la *duda metódica* y ser por consiguiente algo más ambiguo que la polaridad elemental, se le considerará como una nueva meta para un próximo encuentro. Tras este llano acuerdo, el hombrecito se despedirá por medio de señales de empatía y abordará de nueva cuenta su nave.

Ahora bien, para continuar con nuestro análisis simbólico atendamos la siguiente manifestación gráfica: “Tracé una cruz en el círculo que representaba la Tierra, y señalé el suelo como para decir: ‘Estamos en la Tierra’” (Reyes. 2001: 207). En esta parte, el narrador-protagonista busca comunicar al huésped espacial su ubicación dibujando una cruz sobre un círculo. Según Cirlot (2007: 157):

la cruz es un “eje del mundo”. Situada en el centro místico del cosmos, es el puente o la escalera por los que las almas suben hacia Dios. [...] Consecuentemente, la cruz establece la relación primaria entre los dos mundos (terrestre y celeste), pero también, a causa del neto travesaño que corta la línea vertical que corresponde a los citados significados (eje del mundo, símbolo de nivel), es una conjunción de contrarios, en la que casan el principio espiritual y vertical con el orden de la manifestación y de la tierra.

La cruz dibujada sobre el símbolo circular de la totalidad coincide con la idea de “centro místico del cosmos”. A su vez, esta coincidencia encaja particularmente con las ideas que veníamos desarrollando respecto a la representación de lo divino por parte del hombrecito del plato y de lo terrestre por parte del narrador-protagonista. Esto apunta a que, después del primer acercamiento simbolizado por la aproximación del cuadrado y el círculo, trazo mismo del mandala y coincidencia anulatoria de los dos órdenes en un plan de reconocimiento, viene, ahora sí, la conjunción, entendida como yuxtaposición del cielo y la tierra. Lo que puede verse a través del trazo del narrador-protagonista, es pues, en plano simbólico, una expresión que remite al deseo de un encuentro o adentramiento espiritual, mientras que en los términos mismos del relato la

expresión conduce a la idea final de comunicación.

Convendría aquí retomar aquél cabo que hacía referencia a la aparición del símbolo circular como antídoto a “la división de nuestro tiempo”, ya que a través de la yuxtaposición de los dos valores de la cruz es más evidente la necesidad de vincular lo que se encuentra dividido. Dicha escisión es la que se da entre lo racional y lo oculto, el conflicto entre lo humano y lo divino, lo tecnológico y lo mitológico (Jung, 2001: 303-304). La misma visión del ovni, para Jung, es símbolo del ser humano psíquicamente disociado, cuyas actitudes conscientes están desvinculadas en gran medida con los contenidos opuestos del inconsciente. Queremos decir con esto que lo que comenzó como una parodia de un avistamiento ovni, y que tomó su propio camino ya dentro de la ficción que el mismo autor construye fuera del suceso parodiado, reitera inconscientemente el deseo de *individuación*, es decir, la necesidad de unir las partes que disocian al ser humano, una búsqueda del equilibrio que establezca la *unilateralidad* que ostenta sólo lo humano, lo tecnológico, lo cuadrado, es decir lo consciente (Jung, 2001: 241).

Entonces podemos decir que una tendencia inconsciente y compensadora es la causante, primero del interés que el autor sintió hacia el tratamiento, aun paródico, del fenómeno ovni, y segundo, de la múltiple aparición del símbolo mandálico en el cuento como una reiteración de la necesidad de individuación. La diplomacia aparece primero, figurada en forma de sonrisa, como una aproximación hacia ese lado soterrado que representa el hombrecito proveniente de su nave circular. Luego la cruz, entendida como unión de lo terrestre y lo divino y trazada sobre el círculo, viene a representar una escalera dispuesta hacia ese otro lado. Podemos reconocer así al autor de este relato como a un ser humano inmerso en una época de escisión, que busca nivelar de manera inconsciente la sobrecarga material a través de la creación literaria: “Lo que el mito representa para un pueblo, para una cultura o un momento histórico, la imagen simbólica del sueño, la visión, la fantasía o la expresión lírica, lo representan para una vida individual” (Cirlot, 2007: 28).

Bibliografía:

- Alcalá, Manuel (1964). *El cervantismo de Alfonso Reyes: Discurso*. UNAM.
- Cirlot, Juan Eduardo (2007). *Diccionario de símbolos*. Madrid: Siruela.
- Díaz Arciniega, Víctor (comp.) (2001). *Alfonso Reyes: Misión diplomática*, Tomo I. México: Secretaría de Relaciones Exteriores; Fondo de Cultura Económica.
- Jung, Carl G., et al (1995). *El hombre y sus símbolos*. (1995) España: Paidós.
- Jung, Carl G. (2001). *Obra Completa*, Vol.10. (2001) Madrid: Trotta.
- Reyes, Alfonso (2000). *Cuentos*. México: Océano.
- Reyes, Alfonso (1980). *Obras Completas*, Tomo III. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1980b). *Obras Completas*, Tomo VIII. México: Fondo de Cultura Económica.
- Stanton, Anthony (comp.) (1998). *Correspondencia Alfonso Reyes / Octavio Paz (19939-1959)*. México: Fondo de Cultura Económica; Fundación Octavio Paz.